

CAPITULO XV.

Pérdida de Gibraltar.—Inútiles esfuerzos para recobrarle.—Separación de la princesa de los Ursinos.—Cambio de gobierno.
Conspiración contra los Reyes.

Un suceso de tristes consecuencias para España vino á turbar los festejos producidos por la próspera campaña de Portugal.

La importante plaza de Gibraltar fué sitiada y tomada por el príncipe de Darmstadt con su escuadra el 2 de agosto de 1704, no obstante la heroica resistencia hecha por su gobernador D. Diego de Salinas.

La circunstancia de que le faltasen elementos para prolongar la defensa hizo que se entregara, aunque con una decorosa capitulación, saliendo con todos los honores de guerra y ofreciendo el príncipe austríaco respetar á sus habitantes y las propiedades, condición que no cumplió.

De esta manera se hicieron los ingleses dueños de Gibraltar. Sólo ochenta hombres, ¡descuido deplorable! guarnecían esta importante plaza: en vano resistieron con valor, pues ni para dar las precisas centinelas bastaban: el inglés se apoderó de ella, y hace siglo y medio que llora España tan irreparable pérdida.

Cuando se supo en Madrid tan funesta nueva, diéronse órdenes para sacar tropas de Portugal, á fin de recobrar la plaza; pero, en manos de los ingleses, en poco tiempo fué inexpugnable.

En vano el marqués de Villadarias quiso acudir en su socorro; ya era tarde. La escuadra francesa del Mediterráneo, al mando del conde de Tolosa, quiso también acudir en su auxilio, pero encontróse esta armada con la anglo-holandesa, mandada por el almirante Rook, en las aguas de Málaga, trabándose la batalla el 24 de agosto de 1704; y después de algunas horas de reñido combate, con pérdidas considerables por ambas partes, se separaron, atribuyéndose una y otra la victoria, pero sin mostrar deseos de volver á la lucha.

Aunque el marqués de Villadarias puso grande empeño en recuperar á Gibraltar, ayudado del de Aytona, el conde de Pinto, el duque de Osuna y otros, la plaza había sido tan bien fortificada por el de Darmstadt, guarneciéndola con dos mil ingleses, que ya fué de todo punto imposible. Sobrevinieron las lluvias que desbarataban las trincheras; las enfermedades diezaban el campamento de los españoles; agotábanse estérilmente hombres y dinero, y aún escribía al Rey el de Villadarias que confiaba tomarla en pocos días.

Convencido al fin de la inutilidad del sitio, preparóse á levantarlo. Vino por este tiempo á Madrid el mariscal de Tessé á reemplazar al duque de Berwick en el mando del ejército, y se pensó que convendría que pasase á reconocer los cuarteles y los trabajos de los sitiadores.

Vió, en efecto, el de Tessé los trabajos y fatigas que éstos habían pasado durante el invierno, y que la bahía estaba cubierta de buques enemigos. Intentó, no obstante, un nuevo esfuerzo. Dispuso que acudieran de Castilla cuatro mil hombres más, y el 7 de febrero de 1705 dió el asalto á la plaza, que fué infructuoso.

Derrotada en tanto, parte con una tempestad, parte por otra escuadra inglesa de cuarenta y ocho navios, la armada francesa no pudo acudir en su auxilio, y hubo por fin que abandonar el sitio.

Luis XIV, aprovechando la marcha de Felipe á la campaña, se propuso separar á la princesa de los Ursinos de la corte de España, para hacer desaparecer la causa de todas las intrigas palaciegas, el desorden y todos los males de la Península. Como si se tratara de un asunto de la mayor gravedad, dió instrucciones á su embajador para que, de acuerdo con el marqués de Ribas y el duque de Berwick, pusieran esta resolución en conocimiento de su nieto. Las precauciones que tomó en este sentido, la orden que dió á la princesa de los Ursinos para que, sin despedirse de su soberano, emprendiese el viaje á Francia y de allí á Roma; la amenaza de que si se resistía retiraría su apoyo y abandonaría la España á su propia suerte, indicaba claramente que la decisión del monarca francés era irrevocable.

El rey Felipe no se opuso, ausente como se hallaba de su esposa; la Reina devoró en silencio el dolor que aquel golpe le causaba; y la Princesa, obedeciendo el mandato, salió de Madrid sin ver á la Reina, en marzo de 1704. En Vitoria encontró al duque de Grammont, el cual venía á reemplazar al abate de Estrées. Sustituyó á la de los Ursinos la duquesa viuda de Béjar, como camarera mayor de la Reina.

Podemos asegurar que una gran parte de los actos de la joven Reina y de las acertadas medidas de Felipe V, fueron aconsejadas por la Princesa, y todos los historiadores se encuentran conformes en que de tal manera se hallaba identificada, por decirlo así, con la suerte de los jóvenes Reyes, que consideraba como propios sus disgustos, gozando á la par que ellos con sus momentáneas satisfacciones.

Dadas las seductoras dotes de la Princesa, y visto el cariño que Felipe le profesaba, han supuesto algunos que no era puramente amistosa é inocente la afición que unía al Rey con la camarera mayor de su esposa, pero nosotros nos guardaremos muy bien de afirmarlo, puesto que no es presumible en las costumbres severas de Felipe, teniendo una esposa modelo de todas las perfecciones y sumamente joven, que fuera á faltarle, máxime siendo la Princesa, aún cuando muy hermosa, de edad bastante avanzada.

El desacuerdo en que había llegado á ponerse la corte de Versalles con la camarera mayor, los recelos que respecto á ella abrigaba Luis XIV, y que fomentaban los enemigos de aquélla, obligáronle á ordenar la salida de la Princesa de Madrid, aprovechándose de la ausencia de Felipe, que, como hemos dicho, se hallaba entretenido con la guerra de Portugal.

Tanto los Reyes como ella hubieran resistido semejante orden; mas de tal modo amenazó Luis XIV, tan críticas iban haciéndose las circunstancias por que atravesaba España, que mal de su grado hubieron de sacrificarse unos y otra, saliendo la Princesa de Madrid.

Fácil es de comprender el mal efecto que produciría en María Luisa, especialmente la conducta de su suegro; así fué que el recibimiento que hizo al duque de Grammont, embajador nombrado por Luis XIV, demostró de una manera evidente que no podía sacar el partido que se propusiera de aquella niña que tanta firmeza de carácter demostraba.

Las instrucciones que el nuevo embajador llevaba bien puede presumirse que habían de ser para destruir todas las hechuras de la Princesa, para lo cual influyó extraordinariamente.

Pero halló resistencias en los monarcas de España, y tal vez Luis XIV no habría podido vencerles si los sucesos de la guerra no hubieran obligado al rey de España á no descontentar á su abuelo. Esta pretension del francés paralizó los negocios públicos, introdujo gran confusión y produjo quejas y descontento general.

Cediendo los Reyes á la exigencia del francés, vinieron al fin á cambiar el gobierno, devolviéndose al de Ribas su antiguo poder como secretario de Estado, y se formó una junta compuesta del conde de Montellano, del duque de Montalto, del conde de Monterey, del marqués de Mancera y otros, además del duque de Grammont, y por complacer á la Reina, se incluyó en el nuevo gabinete á Portocarrero.

Separado el marqués de Ribas, divididos los negocios de su ministerio, quedando á cargo del marqués de Mejorada los de Estado, y de D. José de Grimaldi los de Hacienda y Guerra, dió esto lugar á muchos cambios de personal, extendiendo las discordias y disensiones creadas durante la ausencia de la de los Ursinos.

Vuelta ésta, merced á sus hábiles maniobras mientras permaneció en Versalles, donde se captó con su diplomacia la voluntad de Luis XIV, despertando los celos de la Maintenon, ocupó de nuevo su antigua influencia en la corte de España. Ayudada del nuevo embajador francés, Amelot, se propuso restablecer las cosas y encaminarlas á su antiguo poder, manteniendo al Rey en perpetua tutela. El disgusto del pueblo crecía y las conjuraciones menudeaban.

La tentativa del ministro de Hacienda, Orry, para crear un impuesto personal con que alzar recursos para atender á las necesidades de la guerra, estuvo á punto de producir una rebelion, y este gran economista tuvo que apelar á un donativo de dos millones de libras que le ofreció el gobierno francés.

Todo el mundo reconocía la falta de dinero; los soldados desertaban por falta de pan; los grandes no se cuidaban sino de recobrar su antiguo poder; y hasta el mariscal de Tessé se quejaba respecto al número, pagas y subsistencias de las tropas.

Ya por parte de algunos grandes el descontento se tradujo en conspiraciones. El conde de Cifuentes formó un partido austríaco en Andalucía, y aunque descubierto y preso en Madrid, logró fugarse, yéndose á sublevar los reinos de Valencia y de Aragón.

Tratóse de apoderarse de los Reyes el día del Corpus cuando volvieron al Retiro; prendióse al marqués de Leganes en el mismo palacio del Retiro el 11 de agosto; y se dice que aquel día amanecieron las casas de Madrid marcadas con dos cifras, encarnada y blanca, que se tuvieron por signos de la conspiración; y aunque contra el Marqués no se tenían más que sospechas, bastó para que se le encerrara en el castillo de Pamplona.

La grandeza se ofendió mucho de semejante prision por haberse hecho sin respetar sus privilegios.

La princesa de los Ursinos, que tan enemiga se mostrara ántes de la influencia francesa, desconfiando ahora de los españoles, buscaba su apoyo en la Francia, y el embajador Amelot propuso en el Consejo que varias plazas recibieran guarnición francesa.

Esta proposición, hecha á presencia del rey D. Felipe, fué combatida por los consejeros por deshonrosa para la nación, expresándose en contra de ella principalmente el marqués de Mancera y el de Montellano, lo cual hizo al Rey expresarse con alguna viveza.

Con este motivo Monterey y Montalto dimitieron; y se dió al conde de Frigiliana la presidencia del consejo de Aragón; nombrando individuo del Consejo de Gabinete al duque de Veraguas y á D. Francisco Ronquillo.

Preparadas las cosas del modo que se acaban de referir, dióse el grito de rebelion contra Felipe de Borbon y en pro del archiduque Carlos de Austria, en varias provincias del Este de España.



J. SERRA. II.

L. VIDAL. Omo 27.

SOMATEN EN BARCELONA.

CAPITULO XVI.

Alzamiento de los reinos de Valencia, Aragon y Cataluña en favor de la casa de Austria.—Cabecillas del alzamiento en Valencia.
Terribles tumultos en Zaragoza.—Espíritu de los catalanes.—Somaten general.

La formidable escuadra anglo-holandesa dispuesta por la junta que los aliados celebraron en Lisboa, se componía de más de ciento setenta naves y llevaba por general al inglés conde de Peterborough, é iba en ella el pretendiente austriaco.

Había llegado el momento de obrar, y los aliados reunían cuantos elementos juzgaban más á propósito para sus fines.

Discutióse largamente el modo, forma y hasta el mando de los ejércitos é influencias que había de rodear al nuevo monarca, y aun cuando con algunas dificultades, llegaron á ponerse de acuerdo, y la escuadra expedicionaria se dió á la vela.

Presentáronse algunos navios á la vista de la isla de Leon con ánimo de ocuparla, pero la encontraron prevenida y tomaron rumbo á Gibraltar, donde se les unió Jorge de Darmstadt con tres regimientos, y pasaron á sublevar las costas del Mediterráneo confiando en que habían de encontrar buena acogida.

La lealtad de Alicante rechazó las propuestas que los confederados les hicieron desde la bahía, y dirigiéndose éstos hacia Altea, fundearon allí. Un antiguo capitán del regimiento de Saboya, que estaba ya en tratos con los aliados, acudió á recibir cuatrocientos fusiles y algunos tambores, con los que levantó y armó partidas de paisanos en la comarca. La armada siguió su derrotero á Barcelona, dejando algunos navios en el puerto de Denia, que fué la primera ciudad que se declaró por la casa de Austria, proclamando solemnemente á Carlos III rey legítimo de España el 8 de agosto de 1705, cantándose el *Te Deum* con repique general de campanas y salvas de artillería.

D. Juan Bautista Basset, hijo de un escultor valenciano, hecho mariscal de campo por el archiduque Carlos, quedó de comandante general en Denia.

Minado todo el reino de Valencia, la conmoción fué general; acudió el virey, marqués de Villa-García, con el duque de Gandía y el general D. José de Salazar á sofocar aquella rebelión, y sin duda lo hubieran realizado, si el incendio no hubiese cundido con la rapidez del rayo á las provincias colindantes de Aragon y Cataluña, y si el coronel D. José Nebot no se hubiese pasado con sus tropas al bando de los aliados.

Forzosamente la traición debía tomar parte muy activa en estos primeros momentos, pues aun cuando la dinastía austriaca contaba con bastantes partidarios en España, no estaba tan decidida la opinión en su favor como han querido suponer algunos historiadores.

Unidos Nebot y Basset en Denia, cayeron sobre Oliva el 12 de diciembre, y sorprendieron y aprisionaron al general Zúñiga. Con este golpe se apoderaron de toda la artillería los rebeldes y se dirigieron á la capital, que abandonó el Virey creyéndolo todo perdido. Previa una formal capitulación, Basset y Nebot entraron en Valencia el 16 de diciembre. Basset substituyó el vireinato en el conde de Cardona, en tanto que el pueblo le aclamaba libertador y padre de la patria.

Al espirar aquel año el rey Felipe nombró virey al duque de Arcos, y comenzaron á entrar tropas para dominar la rebelión de aquel país, que era general.

Entre tanto por el Aragon la sedición no era ménos imponente, alentada por el conde de Cifuentes, el de Centellas y otros, y así fué que en breve espacio se extendió la insurrección por Alcañiz, Caspe, Monroy y otras muchas poblaciones.

Y no podía ménos de suceder así.

Las torpezas cometidas por el mismo Gobierno por una parte, y por otra las ambiciones despechadas y las aspiraciones defraudadas, habían necesariamente de llevar gran número de partidarios á la nueva bandera que se alzaba.

Importábales poco que la nación quedase sumida en todos los horrores de la guerra civil; que el país, empobrecido por consecuencia de los males de que nos hemos hecho cargo en los reinados anteriores, se viese envuelto en miserias nuevas y en mayores desventuras; la cuestión era buscar el medio y el adelanto á la sombra de una idea que parecía contar con gran apoyo en el extranjero, y nada más.

Hoy era proclamado con entusiasmo el Archiduque, y al día siguiente, llegadas tropas de Castilla ó de Francia, los mismos pueblos, instados por el miedo, hacían una nueva proclamación en favor de Felipe, ó bien sufrían todos los horrores de un saqueo, y en tales casos no eran las más temibles las tropas extranjeras, sino las españolas, y lo que era peor aún, el mismo populacho venía á aumentar este escándalo, que esta es la desgracia que llevan consigo las guerras civiles.

El rey D. Felipe nombró capitán general de Aragon al conde de San Estéban, envió allí al príncipe de Tilly y al ministro Orri, y mandó además que acudiera el de Valencia, D. José de Salazar, con los guardias reales.

El príncipe de Tilly recobró á Alcañiz y otros lugares; pero habiendo mandado ahorcar cincuenta prisioneros, abrió un manantial de sangre y de rencores que habían de durar algunos años en aquellas provincias.

El excesivo rigor perjudica también en muchas ocasiones, y pre-

cisamente en ésta en que lo que necesitaba era conciliar voluntades más que alejarlas, causó gran daño.

El conde de San Estéban ocupó á Barbastro y todas las riberas del Cinca. Rebelóse todo el condado de Rivagorza y valles vecinos. Carecía el de San Estéban de tropas para atender á tantos puntos, y en Fraga tuvieron que capitular dos regimientos navarros.

La retirada de Badajoz, hecha por los portugueses, permitió que el mariscal de Tessé pudiese pasar, de la frontera de Portugal, á las provincias del Este. Al llegar sus tropas á Zaragoza, los zaragozanos les negaron el paso, alegando ser contrafuero, teniendo que pasar por otro punto pagando el portazgo y los derechos de aduana. Los víveres y otros mantenimientos, aunque los tenían en abundancia, les obligaban á satisfacerlos al contado, con lo que se veía el espíritu que dominaba en aquella capital y que fomentaban el conde de Sástago y el marqués de Coscojuelos. El Capitán general, cuyo secretario por aquel tiempo era D. Melchor de Macanaz, honrado por el Rey con este título, según el mismo Macanaz expresa en sus Memorias, había cogido la correspondencia del conde de Cifuentes con otros magnates del partido austriaco, y después que se enteraba de ella, la volvía á cerrar y la enviaba á su destino.

Para cortar el mal de raíz, no pudiendo prender, por ser contrafuero, al de Sástago y Coscojuelos, pidió permiso al Rey para darles garrote el Capitán general. Consultólo el Rey con el Consejo de Aragon, que se opuso á semejante medida.

No tardó en sentirse en Zaragoza la influencia de aquellos dos magnates. El día de los Inocentes entró un batallón de los de Tessé con mucho sigilo; y á poco rato entró otro batallón por el portillo. Apercebido el pueblo á los gritos de «mueran los gabachos y vivan los fueros», cargó sobre oficiales y soldados y los pasó á cuchillo. El Capitán general logró sosegar el tumulto; pero si no sacan disfrazados al mariscal de Tessé y á sus oficiales, hubieran sido asesinados aquella noche. D. Melchor de Macanaz los llevó á la Aljafería.

Iba á ejecutarse el castigo del insulto, cuando la ciudad reclamó el privilegio de la *veintena*.

Era éste un derecho concedido en Fraga por D. Alfonso el Batallador, que consistía en elegir la ciudad un número de consejeros que no pasaran de veinte, los que, informados de los hechos, sin más formalidad de juicio y sin salir de la Junta, hiciesen castigar á los autores de la sedición. Así se efectuó algunas veces: se buscaba al reo ó reos donde quiera que estuvieren, aún en lugar sagrado, y haciendo venir el ejecutor, los mandaba ahorcar del primer balcón, reja ó árbol, y quedaba satisfecha la vindicta pública.

La grande armada de los aliados fundeó en la bahía de Barcelona el 22 de agosto de aquel año. El virey Velasco tomó medidas de defensa, y por precaución impuso severos castigos, ahorrando algunos sospechosos.

Del llano de Vich acudieron á la orilla del mar más de mil hombres para proteger el desembarco de los aliados. El conde de Peterborough, el príncipe de Darmstadt y otros jefes, acamparon desde el muelle hasta San Andrés de Palomar, y una salva de los buques anunció haber saltado á tierra el archiduque Carlos, que plantó sus reales en la Torre de Sans.

Publicáronse manifiestos prometiéndose á los catalanes conservarles su religión y sus fueros. Al toque de somaten bajaban de las montañas los naturales del país para reconocer y ayudar á su nuevo soberano. El virey Velasco adquirió el convencimiento de que dentro de la ciudad se abrigaba la traición y adoptó medidas de rigor, tales como mandar degollar á todo el que se encontrara en la calle más tarde de las nueve, y prohibir la salida de casa durante el bombardeo.

El 14 de setiembre dos columnas, mandadas la una por el príncipe de Darmstadt, la otra por el conde de Peterborough, atacaron á Monjuich, del cual se apoderaron al fin, no sin costar la vida al príncipe de Darmstadt, que murió atravesado de una bala en el asalto. Su muerte fué muy sentida y llorada por los catalanes.

Cuatro días después voló con estruendo el almacén de pólvora de Monjuich, derribando la mayor parte de la muralla que mira al mar. Dueños del castillo, bombardearon la ciudad, cuyos habitantes, aterrados, sin cuidarse del bando del Virey, se atropellaban para salir de la población. El 8 de octubre se publicaron las capitulaciones entre milord Peterborough y Velasco, cuyo principal artículo era que la guarnición saldría con todos los honores de la guerra.

Dispuestos ya para evacuar la plaza, cundió la voz de que el Virey quería llevarse los presos que tenía en la torre de San Juan. Exaltados los ánimos, el 14 de octubre algunos presos gritaron: *¡que nos quieren matar! ¡socorro!* los vecinos del barrio gritaron á su vez: *¡á las armas, germans, que degollan los presos! ¡á salvarlos! ¡viva la patria! ¡viva Carlos III!* y al repique de las campanas tocando á somaten, hombres, mujeres, y hasta los frailes, se lanzaron á la calle.

Difícilmente pudo sosegar el tumulto, no sin que hubiese algunas víctimas, resultando finalmente que después de todo los soldados del Archiduque se quedasen dueños de la ciudad, del mismo modo que hubiese sucedido en virtud de lo pactado, sin necesidad de aquella asonada.



J. SERRA, in.

Lit. VIDAL, Oms. 27.

BOMBARDEO DE BARCELONA.